

Marrani, judíos y moros en las biografías italianas de Carlos V

Françoise Richer-Rossi
(Université Paris Cité, CRES/LECEMO)

[...] *per ritrovarsi in Spagna molti giudei, molti mori, e molti altri che fingono di essere cristiani, e non lo sono.* (Alberi 1839-63, V, 95)

1. Introducción

En vida del emperador Carlos V, no se editó ninguna biografía suya. La mayor parte de las fuentes narrativas correspondían a acontecimientos particulares de su reinado: por ejemplo, sus hazañas en la campaña de Túnez o sus múltiples entradas triunfales en tal o tal ciudad de sus numerosos Estados. Ninguna crónica sobre sus años a la cabeza del Santo Imperio romano germánico vio la luz en el territorio español. Ricardo García Cárcel llama la atención sobre «la escasa operatividad carolinista de los cronistas oficiales» (García Cárcel, 32).

De hecho, Carlos V deseó que se contaran sus empresas (Druetz, 83), reanudando con la tradición castellana de los cronistas oficiales, pero su proyecto no se llevó a cabo (Haan, 43). Las crónicas escritas durante su vida se quedaron en su estado inicial de manuscritos. La de Juan Ginés de Sepúlveda, su cronista oficial, escrita en latín, fue publicada en 1780 por la *Academia Real de la Historia*²³⁵. También Antonio de Guevara escribió una crónica, pero incompleta (Redondo 1976). En cuanto a la *Historia del Emperador Carlos* de Pedro Mejía, trata solo de los doce primeros años del reinado del emperador, dado que el cronista murió repentinamente en 1551, tres años después de haber sido nombrado. En cuanto al libro del humanista italiano Paolo Giovio, *Historiarum sui temporis libri*, publicado sucesivamente en 1550 et 1552, fue traducido al español diez años más tarde pero no se puede hablar de un trabajo completo puesto que la relación del reinado de Carlos V termina en 1547 y, además, evoca sobre todo las empresas del emperador en Italia.

Finalmente, para tener un panorama completo del reinado de Carlos V en lengua española, hubo que esperar el siglo XVII y la obra de Prudencio de Sandoval, historiógrafo de Felipe III, cuya primera parte salió en 1604 y la segunda en 1606 (Redondo, 1999, 27).

En cambio, en lengua italiana, solo un año y medio después de la muerte del emperador, salió en Venecia la primera biografía del emperador, en la editorial de Vincenzo Valgrisi²³⁶. El autor es un español llamado Alfonso de Ulloa (1560). Esta edición fue seguida, un año después (1561), por la del italiano Lodovico Dolce: *Vita dell'invittiss. e gloriosiss. imperador Carlo Quinto*, muy corta y con inexactitudes (Rumeu de Armas, 90). En 1567, Francesco Sansovino publicó *Il Simolacro di Carlo Quinto Imperadore*, y en el siglo siguiente, en 1700, otro italiano, Gregorio Leti, editó en Ámsterdam una extensa biografía del emperador en cuatro volúmenes.

La obra de Ulloa, con sus 752 páginas escritas en muy poco tiempo, tuvo éxito puesto que entre 1560 y 1606 se editó o reeditó diez veces (Richer-Rossi, 2018, 35). En ella, Ulloa se muestra un excelente turiferario de Carlos V, insistiendo en su defensa de la Cristiandad y esforzándose en presentarlo siempre como el emperador del Santo Imperio Romano Germánico, dejando de lado su título de rey de España. En efecto, Ulloa vivió en Italia desde su adolescencia y conocía de sobra la poca simpatía de los italianos por la política –considerada hegemónica– de la Corona española, y también sus dudas respecto a la religiosidad sincera de los españoles.

Partiendo de estas premisas –la belicosidad de Carlos V y la falta de sinceridad religiosa de los españoles– trataré de dos episodios del reinado del emperador –el saco de Roma de 1527 y, veinte años después, el levantamiento de los napolitanos contra el virrey don Pedro de Toledo– para analizar los prejuicios de Ulloa hacia los conversos, prejuicios que no comparten los biógrafos italianos.

2. El saco de Roma

Lo que llama la atención en la extensa biografía de Ulloa es que, por muchos años que llevara viviendo en Italia, nunca olvidó que era español; y, como tal, adopta el punto de vista parcial de los suyos. Todo lo que relata respecto de las acciones y victorias del emperador pasa por el filtro de su visión mesiánica de la historia, de la providencia divina y de la prosperidad del cristianismo.

Así pues, respecto al saco de Roma, sigue la línea de la diplomacia imperial que se defendió con ahínco contra las acusaciones de impiedad del ejército, e insiste en la estupefacción de Carlos V y su condena rotunda de las exacciones; Ulloa recalca que, para manifestar su tristeza, el emperador tomó la decisión de interrumpir las festividades en honor al bautizo de su hijo primogénito²³⁷. Al narrar los horrores perpetrados, Ulloa, para defender a sus compatriotas de las críticas, sobre todo

²³⁵ *De rebus gestis Caroli V Imperatoris et Regis Hispaniae.*

²³⁶ Carlos V murió el 21 de septiembre de 1558 y la dedicatoria de Ulloa está fechada el día uno de marzo de 1560.

²³⁷ El futuro Felipe II nació el día uno de mayo de 1527.

italianas –aunque fueron generales–, acude a unas palabras que no dejan de llamar la atención. Para expresar su cólera y su repulsión hacia los que se ensañaron con el clero burlándose, violando y matando, se sirve de un tropo sorprendente, mezcla de ironía y de sarcasmo. Escribe que los “judíos y moros no habrían actuado peor”²³⁸ (Ulloa, 229) ¿Por qué menciona a los moros y judíos? Sin duda para dejar claro que los españoles no lo son –sino todo lo contrario. En efecto, los italianos desconfiaban de la religiosidad hispana y consideraban a España como un país muy mal cristianizado. A los españoles solían llamarlos marranos (en italiano “*marrani*”); muchos poemas escritos después del saco denuncian las acciones de los marranos, es decir los españoles, considerados salvajes y corruptos por naturaleza (Vian-Herrero, 92). Al valerse de esta afirmación, el objetivo de Ulloa es recalcar la ortodoxia de los suyos, dejar constancia de la fe sincera de sus compatriotas y eliminar la confusión entre los españoles y los moros y judíos. Por eso insiste a continuación en que la España de Carlos V es la que heredó –unificada– de sus abuelos, los llamados Reyes Católicos.

Hasta el momento, no he encontrado ninguna mención de judíos y moros en otra obra que se refiera al saco de Roma. Ni en las biografías de Dolce, Sansovino o Leti ni en autores destacados como Guicciardini en su *Storia d'Italia*²³⁹ (Guicciardini), o Giovio en la suya²⁴⁰.

Dolce, por ejemplo, en su *Vita di Carlo Quinto imperatore*, una corta obra de 167 páginas, narra el saco de Roma de manera extremadamente concisa, dedicándole solo unas veinte líneas (Dolce, 39), sin aludir a los españoles. Sus acusaciones las reserva a la conquista del Nuevo Mundo en cuyas páginas denuncia la crueldad y la codicia de los españoles (Dolce, 174) y vitupera las riquezas que corrompen. Sansovino no menciona ni a los moriscos ni a los judeoconversos en *Il simolacro di Carlo V* (1567); y tampoco nombra a los judíos y a los moros. Cuando aborda el tema religioso, es exclusivamente para dar cuenta de los acontecimientos de Alemania a raíz de las proposiciones de Lutero.

En cuanto a Gregorio Leti, en su *Vita dell'invittissimo Imperatore Carlo V Austriaco* solo he encontrado ejemplos que atañen a los luteranos y no a los judíos, moros o judeoconversos y moriscos. De hecho, Leti, refugiado en Bruselas por sus simpatías luteranas, se preocupa lógicamente por los que comparten su religión. Varias veces en su libro denuncia la parcialidad de la biografía de Ulloa, subrayando que el español siempre trata a los protestantes de “perversos” y “heréticos” (Leti, III, 188), y que siempre da cifras que le convienen a él y a los católicos.

También, Leti ironiza sobre la ciega admiración de Ulloa, que linda con la ingenuidad: “Admiro sin embargo en este autor español su facilidad en creer la tan buena fe del emperador Carlos, y su gran sencillez al ignorar que la buena fe y la moderación de los príncipes es un milagro que solo florece entre locos²⁴¹.” (Leti, I, 269) Respecto al saco de Roma, al cual dedica una docena de páginas (Leti, I, 316-319), critica las cifras exageradas de Ulloa en su biografía, y cuando narra –como Ulloa– que Carlos V tomó la decisión de anular las fiestas para el bautizo de su heredero (Leti, I, 327), acude a la palabra italiana “*smorfie*” (muecas) –escrita en cursiva en su texto– para ridiculizar la hipocresía del emperador: “Digamos la verdad, Carlos hizo demasiadas muecas” (Leti, I, 328)²⁴².

Así pues, que Ulloa mencione despectivamente a moros y judíos, para describir la furia de los soldados de Carlos V desplegados en Roma, no se debe a la casualidad o a una exageración intempestiva sino a la voluntad deliberada de impactar las mentes de los lectores. Quiere que sus lectores no malinterpreten los acontecimientos y que comprendan bien que los españoles no tienen nada que ver con esas poblaciones erradicadas de la península ibérica. En todas sus obras, o casi, Ulloa se empeña en luchar contra los prejuicios de los italianos que se obstinan, según él, en negar la evangelización de los descendientes de moros y judíos instalados en España. Por llevar varios años en Italia, en Venecia precisamente donde muchos judeoconversos vivían en el ghetto, tras huir de España, y practicaban la religión de los hebreos, estaba al tanto de la desconfianza de los italianos respecto a la fe verdadera de los españoles.

3. El rechazo napolitano a la Inquisición española

El otro evento a cuyo propósito Ulloa se vale nuevamente de la palabra “*marrani*” es el levantamiento napolitano de 1547 contra el virrey don Pedro de Toledo por querer establecer la Inquisición “a la española.” Leti dedica veinte páginas a estos acontecimientos que duraron de enero a agosto, dejando claro que tanto los nobles como el pueblo fustigaron con mucha violencia

²³⁸ “*quegli scherni della religion cristiana facendo, che Giudei o Mori, o altri piu della fede nostra nimici, non havrebbono potuto fare.*” La traducción es mía.

²³⁹ La *Storia d'Italia* fue escrita entre 1537 y 1540 y publicada por primera vez en Florencia en 1561.

²⁴⁰ El autor empezó *Historiarium sui temporis libri XLV* hacia 1515; fue publicada en los años 1550-1552.

²⁴¹ “*Ammiro però in questo auttore spagnolo la sua facilità di credere tanta buona fede nell'Imperador Carlo, e la grande semplicità nell'ignorare, che la buona fede, e la moderattione ne'prencipi è un miracolo, che no fiorisce che tra sciocchi.*” La traducción es mía.

²⁴² “*Diciamo il vero, che Carlo fece troppo smorfie.*” La traducción es mía.

el gobierno del virrey y nunca al emperador. En efecto, se levantaron a la vez los barones (Martínez Millán y Rivero Rodríguez, 195), opuestos a una pérdida de soberanía, y el pueblo, harto de pagar impuestos destinados a sufragar las reformas del virrey y las guerras del emperador.

Cuenta Leti las idas y vueltas de Placido di Sangro, designado embajador de los Napolitanos, a Núremberg donde estaba Carlos V, para explicar al emperador los abusos de poder del virrey. Entre otros pormenores, Leti relata que el orgulloso Pedro de Toledo había mandado acuñar una medalla a su propia efigie como un rey o un emperador, y que Sangro le enseñó un ejemplar al emperador impávido. A lo largo de la relación de los acontecimientos napolitanos, Leti deja constancia de las exageraciones del virrey y nunca reprocha nada, ni al emperador ni a los españoles en general. Jamás plantea los hechos como un problema entre España y Nápoles o entre el Emperador y Nápoles, sino entre los napolitanos y su virrey. Incluso concluye Leti el episodio napolitano confesando su incompreensión ante el apoyo incondicional del emperador al virrey que se quedó en el poder durante veintiún años, hasta su muerte (Amico d’).

Leti, considerado como la “figura clave de la historiografía italiana del siglo XVII” por García Cárcel, no menciona casi el tribunal de la Inquisición. Habla de política, no de religión. De hecho, los napolitanos estaban hartos de los abusos del virrey. Pedro de Toledo fue un gran reformador, y numerosas fuentes apuntan sus logros en cuanto a administración, justicia, defensa²⁴³, pero también los gastos que supusieron, es decir tasas (Sánchez García). El proyecto de introducción de la Inquisición fue el detonante que desató los violentos acontecimientos. Los napolitanos no querían que un nuevo tribunal eclesiástico dependiera del poder, ya muy extendido, de Pedro de Toledo y que este gozara de los privilegios otorgados por la bula del papa Sixto IV, de 1478. En efecto, con esa bula²⁴⁴, el papa había autorizado a Isabel la Católica a controlar la ortodoxia religiosa de sus súbditos, es decir, particularmente en aquellos años, a los que seguían practicando el judaísmo después de su conversión. Y el brazo de esa justicia era el tribunal de la Inquisición encabezado por el Inquisidor General.

Dolce, por su parte, escribe muy poco sobre los conflictos provocados en Nápoles por el proyecto de instalación del tribunal inquisitorial de distrito. Son doce líneas que mencionan escuetamente el error cometido por el virrey don Pedro de Toledo al querer imponer a los nobles y al pueblo la Inquisición “según la costumbre española,” es decir fuera de la jurisdicción del papa. Como la obra de Dolce es muy corta en comparación con las de Leti y de Ulloa, no sorprende el poco caso hecho de Nápoles; sin embargo, podemos notar que –al igual que Leti– Dolce analiza los acontecimientos bajo el prisma de la política y no de la religión.

En cambio, sin olvidar las raíces políticas del resentimiento napolitano, Ulloa dedica sus diez páginas sobre los acontecimientos de Nápoles a la cuestión religiosa que opuso Napolitanos y “*marrani*” (es decir españoles). Usa este vocablo en dos ocasiones en la misma página.

La primera es cuando describe al pueblo de Nápoles manifestando su cólera en las calles y vituperando a los españoles. Según Ulloa, los italianos gritaban: “Viva el emperador y mueran los marranos²⁴⁵,” por un lado vemos que Ulloa, como Leti, recalca la fidelidad de los napolitanos a la Corona, pero el biógrafo español opta por presentar los hechos como si se tratara de una lucha entre italianos y españoles mientras que el biógrafo italiano –que nunca utiliza el vocablo marrano– menciona los gritos de “mueran” pero sin precisar contra quiénes venían dirigidos. Al usar la palabra despectiva *marrani*, Ulloa esgrime la voluntad de poner de relieve el odio italiano hacia todos los españoles por el poder que ejercían en Nápoles. Por eso, comenta las invectivas de los napolitanos “mueran los marranos,” explicando que estaban bajo la férula de los españoles, “sometidos”, según él, “como siervos y súbditos conquistados por la lanza²⁴⁶” (Ulloa, 453), la de Gonzalo de Córdoba (1503), como se sabe, bajo Fernando de Aragón, abuelo del Emperador.

La segunda ocurrencia del vocablo marrano me parece a la vez irónica, provocadora y llena de rencor; en efecto, ya no se trata de lo que dicen unos italianos furiosos y amenazadores sino del propio Ulloa narrando la violenta reacción española a los disturbios. Escribe: “los marranos hicieron pedazos a muchos napolitanos²⁴⁷.” (Ulloa, 453) En ningún otro libro de Ulloa encontré que se expresara de tal modo hablando de sus compatriotas. Obviamente son los italianos el blanco de su ironía y Ulloa se venga de su desprecio tratándoles, a su vez, con desdén. Por mucho que los italianos se burlen de los españoles y los vilipendien llamándolos marranos, Ulloa parece recalcar que “fueron conquistados, vencidos y sometidos por ellos” e insinúa que lo siguen siendo.

Está claro que Ulloa conoce la situación política del virreinato de Nápoles y las reivindicaciones de sus habitantes. Si se centra en el tribunal de la Inquisición es para poder desarrollar a sus anchas sus explicaciones relativas a la política de la Corona española y a su loable deseo, según él, de

²⁴³ Mandó restaurar y construir nuevas fortalezas.

²⁴⁴ Se trata de la bula *Exigit sinceræ devotionis*.

²⁴⁵ “*Viva l’imperatore e ammazza marrani*.” La traducción es mía.

²⁴⁶ “*sottoposti come servi e sudditi conquistati dalla lancia*.” La traducción es mía.

²⁴⁷ “*i Marrani tagliarono a pezzi molti Napoletani*.” La traducción es mía.

unificación religiosa. Bien sabe que tanto los italianos cultos como los ignorantes desprecian a los españoles y los envidian a la vez. Para los italianos cultos, el único imperio digno de recuerdo es el romano porque los españoles son –a sus ojos– unos bárbaros; y para el pueblo, son los opresores. Como pedagogo y mediador entre las dos penínsulas, –no olvidemos que Ulloa es traductor y autor de un vocabulario en italiano y español y también editor de varios libros de las literaturas española e italiana– aprovecha el episodio de Nápoles para describir, a destiempo de los lectores italianos, en qué consiste exactamente el papel de la Inquisición de su país. Fiel a sí mismo y a su afán de instruir a unos lectores que no conocen la historia de España y que, por lo tanto, a su parecer, no pueden comprender tan bien los acontecimientos como los lectores españoles, impone su punto de vista español con todo lo que conlleva. Y así, para defender la Inquisición, se remonta a los Reyes Católicos que “expulsaron con tanto celo a moros y judíos,” explicando los orígenes del tribunal y cómo lleva los procesos (Ulloa, 446-448).

Así pues, escribe que los Reyes “no tuvieron la intención de introducir el Santo Oficio en sus reinos para oprimir a los pueblos ni para confiscarles sus bienes, sino solo para purgarlos de las herejías.” (Ulloa, 448)²⁴⁸. Con un tono tranquilizador, hace caso omiso del virrey –lo menciona solo una vez sin nombrarlo– (Ulloa, 447) y se esmera en presentar el cometido inquisitorial de forma positiva. No explica ni las reservas ni los temores de los napolitanos; escribe que se equivocan, que no comprendieron bien. Tampoco describe las exacciones cometidas, y se olvida también de la primera tentativa de introducción de la Inquisición en 1510 (Hernando Sánchez, 172-178). En aquellos años, también había estallado un motín y Fernando de Aragón tuvo que abandonar su proyecto, otorgando incluso un privilegio a Nápoles para garantizarle que nunca se introduciría la Inquisición española en esta ciudad.

De hecho, las largas explicaciones del biógrafo español llaman la atención sobre la incompreensión y también el miedo, por no decir el pavor, que suscitaba la Inquisición en Italia. Quedan elocuentes testimonios, de embajadores venecianos en sus *Relaciones*, por ejemplo. Es verdad que además, en Venecia, las ejecuciones públicas de hereéticos estaban prohibidas; eran anegados en la laguna de noche, sin la presencia de un público vociferante. De hecho, la actitud de Ulloa puede parecer contraproducente puesto que, en vez de sosegar a los lectores, apunta de manera pormenorizada la severidad y la intolerancia de la institución española obsesionada por purgarse de sus falsos cristianos, sean conversos de judíos o de moros. Además, al explicar los orígenes del tribunal de la Inquisición, revela el enorme poder concedido a los Reyes Católicos e ilustra *volens nolens* que, en la insurrección napolitana de 1547, la política se sobreponía de hecho a la religión.

4. Conclusiones

A raíz de los ejemplos analizados, lo que llama la atención es que Ulloa no se contenta con alabar al emperador –aunque lo hace mucho más que los biógrafos italianos– sino que, en vez de relatar los hechos con la distancia y objetividad necesarias, se empeña en convencer a sus lectores italianos de que el único objetivo de la política imperial es el bien de la cristiandad. Por mucho que Leti admire a Carlo V y lo diga muy claramente al principio de su biografía, en ningún momento deja de ser un historiador imparcial que, en ocasiones, se burla de la ingenuidad de Ulloa.

Ahora bien, a diferencia de Leti, Ulloa no es historiador sino más bien publicista. La biografía de Leti salió casi un siglo y medio después de la muerte del emperador mientras que la de Ulloa vio la luz al año siguiente de la desaparición de Carlo V. Por otra parte, Ulloa escribió sus obras, por ejemplo, sus *Comentarios* sobre la guerra de Flandes o la de las Alpujarras, como lo haría hoy un reportero de guerra, al vivo, sin esperar el final de los acontecimientos. Por eso no creo que Ulloa sea crédulo sino todo lo contrario. Es consciente de los prejuicios religiosos de los italianos respecto de los españoles. Los llaman “*marrani*” por dos razones principales: primero, porque los españoles que vienen a Italia actúan por codicia e interés y no por defender y extender el catolicismo; prueba de ello a sus ojos, el saco de Roma; luego, porque muchos judeoconversos huyen de España y se instalan en Venecia, por ejemplo, mostrando que la Corona española no supo llevar a cabo la evangelización.

La verdad es que, para los italianos, no solo todos los españoles descienden de moros y judíos, sino que España no puede con sus judeoconversos y moriscos. Unos fingen y luego huyen –o no– prefiriendo seguir disimulando; otros siguen viviendo como moros y hablando árabe, o, en el peor de los casos, se sublevan. Para los italianos, y los embajadores de Venecia lo dejaron escrito en unas *Relaciones* que dieron la vuelta al mundo, España no es el país cristiano que pretende ser. Cuarenta años después del saco de Roma, Giovanni Soranzo escribe sin rodeos: “se encuentran en

²⁴⁸ “Non fu l'animo de're catolici d'introdurre questo Santo Offitio ne'Regni loro per opprimere i popoli nè confiscargli i beni, ma solo per tenergli purgati delle heresie.” La traducción es mía.

España muchos judíos, muchos moros y otros muchos que fingen ser cristianos y no lo son²⁴⁹.” (Alberí, V, 95).

Finalmente, al desprecio de los españoles hacia sus minorías judeoconversa y morisca responde el de los italianos hacia la mayoría de los españoles a los que consideran disfrazados de buenos cristianos.

²⁴⁹ La traducción es mía.

Obras citadas

- Alberi, Eugenio. *Relazioni degli ambasciatori veneti durante il secolo XVI*, Firenze: Tipografia all'insegna di Clio, 1839-1863.
- Amico d', Juan Carlos. "Medios de comunicación y difusión de las reivindicaciones en Nápoles durante la rebelión de 1547" En *Soulèvements, révoltes, révolutions: dans l'empire des Habsbourg d'Espagne, XVI^e-XVII^e siècle*, Alain Hugon, Alexandra Merle (éd.), Paris: 2016. 101-117.
- Dolce, Lodovico. *Vita di Carlo Quinto imperatore*, Venetia: Gabriele Giolito de Ferrari, 1567.
- Druetz, Laurence. "Perspectives comparées du règne de Charles Quint : histoire officielle, histoire luthérienne, histoire italienne" En *Les historiographes en Europe de la fin de Moyen Âge à la Révolution*, Chantal Grell (dir.), Paris: PUPS, 2006. 77-108.
- García Cárcel, Ricardo (coord.). *La España de los Austrias*, Madrid: Cátedra, 2003.
- Giovio, Paolo. *Historiarum sui temporis*, Florence: Laurentii Torrentini, 1550.
- Guicciardini, Francesco. *Histoire d'Italie*, J.L. Fournel, J.C. Zancarini (éds.), Paris: Robert Laffont, 1996, 2 vol.
- Haan, Bertrand. "Renouer avec la chaîne des temps : l'empire messianique de Philippe II" En *Références historiques et modèles politiques : images du pouvoir impérial en Europe, XVI^e-XVII^e siècles*, Revista de Historiografía nº14 (janvier 2011): 42-49.
- Hernando Sánchez, Carlos José. *El reino de Nápoles en el imperio de Carlos V. La consolidación de la conquista*, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.
- Leti, Gregorio. *Vita dell'invittissimo Imperatore Carlo V Austriaco*, Amsterdam: Georgio Gallet, 1700, vol. I. II. III. IV.
- Martínez Millán, José y Rivero Rodríguez, Manuel. "Hacia la formación de la Monarquía Hispánica: la hegemonía hispánica en Italia (1547-1556)" En *La corte de Carlos V*, José Martínez Millán (coord.), Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000. vol. II, 189-208.
- Morel-Fatio, Alfred. *Historiographie de Charles Quint*, Paris: Champion, 1913.
- Redondo, Augustin. *Antonio de Guevara (1480?-1545) et l'Espagne de son temps. De la carrière officielle aux œuvres politico-morales*, Genève: Droz, 1976.
- . "Le sac de Rome vu d'Espagne : les discours des historiographes espagnols de Charles Quint" En *Les discours sur le sac de Rome de 1527. Pouvoir et littérature*, Augustin Redondo (éd.), Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1999. 23-35.
- Richer-Rossi, Françoise. "Les morisques : une difficile assimilation dans l'Espagne du XVI^e siècle sous le regard des ambassadeurs vénitiens" En *Minorités ethniques et religieuses XV^e-XXI^e siècles. La voie étroite de l'intégration*, Françoise Richer-Rossi (éd.), postface de Bartolomé Bennassar, Paris: Michel Houdiard Éditeur, 2014. 65-88.
- . *Alfonso de Ulloa, historiographe. Discours politiques et traductions*, Préface d'Augustin Redondo, Paris: Michel Houdiard éditeur, 2018.
- Rumeu de Armas, Antonio. *Alfonso de Ulloa introductor de la cultura española en Italia*, Madrid: Gredos, 1973.
- Sánchez García, Encarnación (ed.). *Rinascimento meridionale. Napoli e il viceré Pedro de Toledo (1532-1553)*, Napoli: Tullio Pironti editore, 2016.
- Sansovino, Francesco. *Il simulacro di Carlo Quinto*, Venetia: Franceschini, 1567.
- Vian-Herrero Ana, "Le sac de Rome dans la poésie historique hispano-italienne : discours politiques et modalités littéraires" En *Les discours sur le sac de Rome de 1527. Pouvoir et littérature*, études réunies et présentées par Augustin Redondo, Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1999. 83-102.
- Ulloa, Alfonso de. *La vita dell'invittissimo e sacratissimo imperatore Carlo Quinto nella quale si comprendono le cose più notabili occorse dal MD al MDLX*, Venetia: Vincenzo Valgrisi, 1560.